

IN MEMORIAM OSVALDO LIRA, SS.CC.

El fallecimiento en Santiago de Chile del padre Osvaldo Lira, de la Congregación de los Sagrados Corazones, a los noventa y dos años de edad, vuelve a golpear con dureza a quienes nos esforzamos en cultivar, en días de pan ácimo y verduras amargas, el pensamiento tradicional y por lo mismo perenne, con el sentimiento —humano— de la orfandad intelectual y espiritual que no acierta a disipar del todo el convencimiento —sobrenatural— de que disponemos de un nuevo valedor en el cielo. El hecho de haberle encontrado en persona, recientemente, el pasado mes de agosto, por vez primera, después de años de intercambio intelectual y en algún caso personal por vía epistolar —está de más subrayar la desigualdad de nuestras posiciones, pues sin duda que fue muy poco o nada lo que pude aportarle, al tiempo que mucho lo que de él recibí—, aún acrece la pena y la sensación de que estamos ante la extinción de una raza de hombres. Haber gozado, pues, de su magisterio, y en todos los sentidos, más allá por tanto de lo puramente intelectual o académico, que es el signo del verdadero magisterio, es otro hecho que mueve al autor de estas líneas al humilde agradecimiento a la Providencia divina, al tiempo que le sacude —es la lección exigente de la parábola de los talentos— por lo que de responsabilidad entraña.

Durante algunos años, el padre Osvaldo Lira fue para mí el maestro de Juan Antonio Widow y Gonzalo Ibáñez, o, lo que es lo mismo, el maestro de mis queridos y respetados amigos chilenos y, por extensión, de todo el tradicionalismo del país hermano. No en vano Rafael Gambra, en su agudísima como suya voz «Tradicionalismo» de la *Gran Enciclopedia Rialp*, le señalaba así con toda justicia como una de sus luminarias presentes. Luego empecé a frecuentarle en sus libros, y se convirtió en uno de mis maestros *in absentia*. Desde *Hispanidad y mestizaje* a *Nostalgia de Vázquez de Mella*, por citar las expresiones más acabadas de su quehacer hispánico y tradicionalista, pasando por *El misterio de la poeta* y sus estudios de estética, descubrí el rigor y la riqueza de un pensamiento troquelado sobre la filosofía tomista y vertido con originalidad, dentro del respeto de la Escuela, sobre los ámbitos más variados del carrusel contemporáneo.

Así, cuando, con motivo de su nonagésimo aniversario, Gonzalo y Juan Antonio me invitaron a colaborar en la *Festschrift* que preparaban, y que llevaron a buen puerto, no sólo en el sentido de su conclusión satisfactoria, sino también en el de la orientación neta que le dieron, huyendo del tomo misceláneo y apuntando a la propia obra del padre Lira o, cuando menos, a las temáticas y el signo por él cultivadas y marcado a lo largo de su ejecutoria, no sólo me sentí honrado y dichoso de ofrecer mi colaboración, sino que elegí con toda intención como objeto de la misma el concepto de tradición en el pensamiento político tradicional español hodierno.

Finalmente, como he adelantado, sólo este último verano nuestro, pues allí era tiempo del invierno austral, tuve la satisfacción de visitarle en su casa de la calle Bustos, en el barrio santiagueño de Providencia. Acudí una tarde neblinosa acompañado del siempre gentil Cristián Garay. El padre Lira —en Chile era conocido sobre todo como el padre Osvaldo o incluso, cariñosamente, como el cura Lira— nos aguardaba hundido en un butacón con su mirada fiera y despierta.

Durante más de tres horas, con cabeza lúcida y memoria prodigiosa, lo mismo recordó sucesos de su vida que evocó a gentes distintas y que discutió de lo divino y lo humano. Así pasaron por la estancia Elías de Tejada —con su saber enciclopédico y sus extravagancias—, la finura filosófica y literaria de Rafael Gamba, el Instituto de Cultura Hispánica y algunos de sus directores más conspicuos, como Blas Piñar y Alfredo Sánchez Bella. Recordamos también la personalidad apostólica incansable de Eugenio Vegas, la tarea ingente de nuestra *Verbo*, la posición un tanto liberal y siempre brillante de Gonzalo Fernández de la Mora...

Igualmente, fueron corriendo las grandes coordenadas y los trazos salientes del universo cultural con que hubo de enfrentarse en su vida. Así, Maritain, al que admiró algún tiempo, y de cuya disolvente empresa espiritual de fundar un imposible Estado laico-cristiano se separó tajantemente. Los nombres de Leopoldo Eulogio Palacios, a quien tengo por el más agudo crítico maritainiano, del padre Julio Menvielle y de fray Santiago Ramírez esmaltaron este tramo de nuestro diálogo. También la hecatombe postconciliar. Aquí el padre Lira se exaspera y grita, y se proclama «y a mucha honra, católico apostólico, romano, medieval e inquisitorial». Y repasa la *crux interpretum* de la libertad religiosa. Y al llegar a la batalla litúrgica, nos señala un pequeño oratorio contiguo, «donde celebro todos los días —anota— la santa misa según el rito de San Pío V». Finalmente despunta, cosido a la estela del anterior, el milenarismo. Y le recuerdo que el padre Leonardo Castellani le convirtió en personaje de su novela *Los papeles de Benjamín Benavides*, apasionante relato sobre el Apocalipsis. Y se pone grave cuando recuerda que le prohibieron enseñar el milenarismo en los años cuarenta. Y habla del padre Lacunza y su prodigiosa obra...

La política democrática concita también algunas de sus iras más violentas. Y el tradicionalismo y el carlismo remansan la cháchara. Su *Nostalgia de Vázquez*

de Mella, nos dice, no fue fruto del capricho o la casualidad, sino de un discernimiento intelectual firmemente arraigado. Y no cabe duda de que fue una gran obra la de sujetar el magmático material de un orador genial, articulado sólo coyunturalmente en sus discursos, a las categorías rigurosas de la filosofía tomista. Algo así como lo que en otro terreno hizo Gamba con el propio Mella al sistematizar sus intuiciones a la luz del último tradicionalismo, más depurado teóricamente aun cuando deficitario respecto del antiguo en la vivencia. Con orgullo no disimulado, nos refiere —aunque ya lo sabíamos por otros amigos— el reciente homenaje que se le tributó, con asistencia de quinientas personas, con motivo del otorgamiento por S.A.R. don Sixto Enrique de Borbón-Parma, y en presencia del príncipe, de la cruz de la legitimidad proscrita. La hispanidad llena muchos minutos de su perorar. No podía ser de otra manera en quien, junto con el gran Jaime Eyzaguirre, está en el origen del resurgir hispánico en Chile durante este siglo. Pero la hispanidad no tiene nada que ver con el hispanismo: «Yo no soy hispanista, que soy español por chileno. Que no es cuestión de gustos, sino de ontología». Y pronuncia estas palabras con un acento castellano, que conserva a ratos de su prolongada estancia peninsular durante los años cuarenta y parte de los cincuenta.

Y despunta de repente el misterio de la poesía y el fulgor de la creación artística. El gran caudal de páginas que ha dedicado a estas cuestiones se destila en comentarios acerados y brillantes. Así, le pregunto por qué prefiere Lope de Vega a San Juan de la Cruz, y contesta rápido que nunca lo ha afirmado como tal, pero que es cierto, y que su debilidad por el primero procede de su falta de conceptualismo, de su lirismo y sencillez. Pero su libro más querido es el dedicado a Juan Ramón Jiménez. Y me lo quiere enseñar, como tantos otros antes y después. Y le increpa, cariñosamente, a Cristián Garay, que le auxilia como mozo de biblioteca: «que no es ese libro, que es el de la derecha, malandrín, no, ése no, a la derecha del de lomo rojo, nulidad, ése...».

Y la melancolía le invade cuando nos confiesa que no le dejan tomar ya la copita de coñac de después de comer, «y alguna otra», sonrío malicioso. Han transcurrido más de tres horas cuando, tras severas reconvenciones del religioso que le atiende, porque es la hora de cenar y no puede demorarse más, se levanta rápido, a pesar de que parecía estar más hundido que antes en su butaca, y, aunque busca mi brazo, sale tan campante con nosotros a abrirnos la puerta. Y sueña el reproche de dentro: «Padre Osvaldo, que se va a enfriar». Hasta siempre. Quizá, por la misericordia de Dios, hasta la eternidad.

MIGUEL AYUSO

